

A LA BÚSQUEDA DEL FASCISMO TRANSNACIONAL LUEGO DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

LA EMIGRACIÓN DE FASCISTAS ITALIANOS A LA ARGENTINA, 1945-1955

IN SEARCH OF TRANSNATIONAL FASCISM AFTER THE SECOND WORLD WAR:
THE EMIGRATION OF ITALIAN FASCISTS TO ARGENTINA, 1945-1955

Federica Bertagna¹

<i>Palabras clave</i>	<i>Resumen</i>
Fascismo transnacional, Fascismo internacional, Emigración fascista, Argentina, Peronismo	El artículo trata de desmontar la investigación que conduje, entre 1999 y 2005, sobre la emigración fascista a la Argentina en la segunda postguerra y analizarla a la luz de la perspectiva transnacional que se afirmó en los estudios migratorios en esos mismos años, que yo en ese entonces no había utilizado. Aún sin utilizar el término, mi trabajo no omitió considerar los vínculos mantenidos por los fascistas emigrados con Italia, que están en el centro de este enfoque transnacional, más allá de indagar sus vínculos en la colectividad italiana y la sociedad argentina de recepción. La conclusión es que para estudiar actores y movimientos políticos parece más proficuo tener en cuenta los contextos de su acción que centrarse exclusivamente en las transferencias de ideas y prácticas.
<i>Recibido</i> 28-6-2021	
<i>Aceptado</i> 11-9-2021	

<i>Key words</i>	<i>Abstract</i>
Transnational fascism, International Fascism, Fascist emigration, Argentina, Peronism	The article tries to dismantle the research that I conducted, between 1999 and 2005, on fascist emigration to Argentina in the second postwar period and it tries to analyze it in the light of the transnational perspective that was affirmed in the migratory studies in those same years, that I had not used at the time. Even without using the term, my work did not fail to consider the links maintained by the emigrated fascists with Italy, which are at the center of this transnational approach, beyond investigating their links in the Italian community and Argentine society. The conclusion is that to study political actors and movements it seems more profitable to consider the contexts of their action than to focus exclusively on the transfer of ideas and practices.
<i>Received</i> 28-6-2021	
<i>Accepted</i> 11-9-2021	

1

Corría el año 1999 cuando me acerqué por primera vez a un tema, la emigración de fascistas italianos después de la Segunda Guerra Mundial, al cual me dedicaría de ahí en adelante durante mucho tiempo y sería objeto de mi tesis de doctorado, *La pa-*

1 Università di Verona, Italia. C. e.: federica.bertagna@univr.it.

tria di riserva. Fascisti e collaborazionisti in Argentina 1945-1955, defendida en 2005 en la Università degli Studi di Verona y publicada el año siguiente (Bertagna 2005 y 2006).²

Como muchas veces ocurre, este acercamiento fue totalmente casual. Quien había sido director de mi tesis de grado, Emilio Franzina, uno de los principales estudiosos de la emigración italiana, estaba a cargo de dirigir, con dos otros colegas, una obra colectiva sobre la historia de la emigración italiana: la *Storia dell'emigrazione italiana*, que la editorial romana Donzelli publicaría en dos volúmenes –*Partenze y Arrivi*– entre 2001 y 2002 (Bevilacqua, De Clementi y Franzina 2001 y 2002).

La obra gozaba de una conspicua financiación del Ministero dei Beni Culturali, lo cual permitió, más allá de convocar a muchos de los mayores especialistas italianos y extranjeros de la materia, llamar a colaborar, gracias a becas de investigación, a unos jóvenes recién graduados –tres según recuerdo–, a los cuales fueron asignados unas tareas de redacción y la elaboración de los capítulos que quedaban vacantes por la indisponibilidad de quienes habían sido invitados a elaborarlos o por versar sobre temáticas “nuevas”, es decir, poco o nada investigadas hasta ese momento.

Me tocó uno de estos segundos, justamente el dedicado a la emigración de los fascistas. Grande fue mi desconcierto inicial, debido, por un lado, a que, teniendo hasta ese momento una idea muy vaga de la existencia de una emigración fascista, me reputaba con certeza incapaz de escribir sobre ella y, por el otro, a que en mi tesis de grado había elegido estudiar el antifascismo posterior a 1945 y, además, había logrado luego una beca de la Fondazione Einaudi, un bastión de la cultura antifascista, para proseguir mis estudios en ese tema: por ende, no estaba segura de tener las competencias de lectura y la distancia para poder ocuparme de los fascistas *sine ira et studio*. El argumento que usó mi director fue, sin embargo, tajante: como había estudiado precisamente los antifascistas, los fascistas no eran algo del todo ajeno para mí, porque finalmente sólo se trataba de mirar a la otra parte de la barricada.

Aunque, en ese entonces, no tenía tan claro que este tipo de ejercicio es de los más recomendables para cualquiera que se esfuerce por entender no sólo el pasado, sino también las cosas del mundo, por lo cual tomé la tarea como algo un tanto punitivo, igualmente me decidí a comenzar mis investigaciones sobre los destinos en el extranjero, luego de 1945, de los fascistas italianos, también porque, al fin y al cabo, la beca me permitía seguir con mi carrera académica.

Recorrí así, primero, los archivos italianos y, una vez establecido muy pronto que efectivamente había habido una emigración de fascistas, en diciembre del año 2000, aprovechando un viaje de placer con unos amigos, tomé contacto con el país que las fuentes vistas hasta ese momento (básicamente de tres tipos: la prensa, la documentación del Ministero degli Interni y la documentación diplomática del Ministero degli Affari Esteri) indicaban haber sido su principal lugar de arribo: Argentina.

2 El año siguiente, el libro fue publicado en la Argentina: Bertagna 2007.

Visité ahí, en primer lugar, el Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos (CEMLA) de Buenos Aires y, cuando expliqué cuál era mi tema de investigación al entonces responsable, el padre scalabriniano Mario Santillo –que nos ha dejado demasiado prematuramente hace unos años–, me sugirió leer para empezar un número especial de la revista que el Centro editaba, *Estudios migratorios latinoamericanos*, titulado «Inmigrantes, refugiados y criminales de guerra en la Argentina de la segunda posguerra» (Inmigrantes, refugiados y criminales 1999), en el cual había sido reunida una parte de los resultados de las investigaciones relativas a la llegada de nazis a la Argentina promovidas por la CEANA, la Comisión de Esclarecimiento de las Actividades de los Nazis en la Argentina.

Aún si el número no contenía trabajos sobre la llegada de fascistas italianos, ofrecía efectivamente dos pistas muy importantes. Primero, mostraba a la Argentina como destino elegido no sólo por los fascistas, sino en general por los derrotados de la Segunda Guerra Mundial, comenzando por los nazis. Segundo, analizaba la relación entre estas llegadas y el gobierno del presidente argentino Juan Domingo Perón.

Encontraría luego en las riquísimas librerías de la capital argentina un sinnúmero de publicaciones, sobre todo novelas, pero también ensayos, sobre la llegada de nazis a la Argentina, que, desde la más fantasiosas (particularmente numerosas las dedicadas a los submarinos nazis) hasta las que tenían pretensiones de reconstrucción objetiva, casi sin excepción asociaban los nazis con Perón, en el mejor de los casos como cómplice, en el peor directamente como promotor de su llegada.³ De todos modos, lo que me interesaba era, desde luego, el interrogante, nuevo para mí, que surgió de la lectura: ¿había una vinculación de Perón también con la llegada y la actuación de los fascistas?

El número también sugirió indirectamente que para investigar la emigración de los fascistas era oportuno, como ahí se hacía con los nazis, aclarar primero quiénes eran considerados “fascistas”. Yo decidí utilizar el término en un sentido bastante restringido, incluyendo para empezar a: 1) los que habían tenido algún cargo político entre 1922 y julio 1943 o durante el gobierno de la República di Salò, entre septiembre de 1943 y abril de 1945; y 2) los que habían sido condenados por “colaboracionismo”, por su actuación durante la ocupación alemana, dejando de lado la graciosa *boutade* atribuida a Winston Churchill, sobre la camaleónica tendencia de los italianos a adaptarse a las circunstancias del momento.⁴

A partir de allí, las preguntas que quedaban para responder eran diversas: cuántos y quiénes habían emigrado, cómo lo habían hecho y, sobre todo, la que más me intere-

3 Emblemático de esta segunda interpretación es el texto de Goñi 2002, al que considero un muy buen ejemplo, en negativo, de cuanto sea extremadamente delicada y difícil la lectura crítica correcta de las fuentes, que requiere una pericia profesional para interpretarlas (con el debido respeto a los argumentos de Reinhart Koselleck y su siempre valiosa indicación sobre el poder de veto de las fuentes mismas).

4 Se le atribuye, en efecto, la frase “Pueblo bizarro los italianos. Un día 45 millones de fascistas. El día siguiente, 45 millones de antifascistas y partisanos. Empero, estos 90 millones de italianos no figuran en los censos”.

saba y me interesaría de ahí en adelante: cuál había sido su actuación en los lugares de destino, en relación con su trayectoria política pasada.

Lo que querría hacer en este artículo es, entonces, ver de qué manera las respuestas o los intentos de respuestas que traté de dar a estas preguntas se cruzarían o no, en ese primer trabajo y luego en la mucho más profundizada investigación que conduje hasta 2005 para conseguir el título de doctorado, con la perspectiva transnacional que, a partir de comienzos de la década de los noventa, se estaba afirmando con fuerza en las ciencias sociales en el terreno de los estudios migratorios. Es decir, con una perspectiva que centra el análisis en los vínculos que los inmigrantes conservan en el tiempo con sus lugares de procedencia, en combinación con otros en los lugares de destino. Tomemos, por ejemplo, esta sintética cuanto clara definición:⁵

We define “transnationalism” as the processes by which immigrants forge and sustain multi-stranded social relations that link together their societies of origin and settlement. We call these processes transnationalism to emphasize that many immigrants today build social fields that cross geographic, cultural, and political borders [...]. An essential element is the multiplicity of involvements that transmigrants sustain in both home and host societies. (Basch, Glick Schiller y Szanton-Blanc 1994, p. 6)

2

Antes que nada, son necesarias dos aclaraciones al respecto. La primera es que el mío será un ejercicio *ex post*, es decir, de historiografía anacrónica (si esta existiera), porque hasta 2006, cuando publiqué la tesis, poco o nada había profundizado este enfoque: en efecto, el término aparece una única vez en mi libro, entre comillas, en una nota al pie en la cual señalo que justamente para el caso citado no era necesario utilizar el vocablo “transnacional”.⁶ La segunda es que no lo considero, en cambio, un ejercicio de historiografía contrafactual (si esta existiera), porque creo que, si hubiese sido desarrollada aplicando tanto la noción como sólo el rótulo transnacional, mi investigación hubiese sido exactamente la misma, como trataré de mostrar.

Busquemos un lugar desde donde comenzar. ¿Puede considerarse sorprendente la ausencia del enfoque transnacional en mis trabajos? En principio, me parece que no. Si nos preguntamos sobre cuál era el estado del arte con respecto al uso de la noción de “transnacional”, en los años en el cuales me dediqué a la investigación, la respuesta sería: depende, porque si en los estudios migratorios, como dije, ésta había aparecido ya

5 Sobre el enfoque transnacional en general, ver, por ejemplo, Iriye 2012 y Saunier 2013.

6 Por otra parte, para comprobar mi escaso o nulo compromiso con la teoría, bastaría con agregar que, en cambio, el término “diáspora”, relacionado con la perspectiva transnacional, en cuanto se refiere a los vínculos que unen un grupo migratorio con su lugar de origen (ver al respecto Cohen 1997), aparece varias veces, pero yo lo había usado únicamente (y poco apropiadamente, como señalé de manera muy oportuna en su reseña del libro el colega y amigo Stefano Luconi) como sinónimo de “emigración”, es decir, para evitar repeticiones en el texto.

en los años noventa (aun si no mucho en Italia todavía), no era tan así en los estudios sobre el fascismo, y particularmente sobre la difusión del fascismo fuera de Europa.

En 2001, se publicó, editado por la Columbia University Press,⁷ *Fascism outside Europe* (Larsen 2001), volumen de 865 páginas, que reunía trabajos de veintiún autores, muchos de ellos destacados estudiosos del fascismo, sobre la presencia del fascismo en una serie de países de las Américas, Asia, África y Oceanía, en el cual la palabra “transnacional” aparecía unas contadas veces, una de las cuales justamente en el capítulo sobre la Argentina, pero usada casi en el sentido contrario a aquel que nos interesa aquí, para contraponer la política económica autárquica del fascismo a las prácticas del capitalismo “transnacional” (Spektorowski 2001, p. 532).

En su capítulo, Roger Griffin notaba algunas cosas relevantes para nuestros fines. La primera era que, más allá de algunas posiciones extremas, de autores que se inclinaban a estudiarlo como un fenómeno solo italiano o, al contrario, como uno casi universal, la historiografía sobre el fascismo se había colocado hasta ese momento en su gran mayoría en una posición intermedia, considerando, con Renzo De Felice, que se podía hablar de fascismo únicamente para países europeos y para el período de entreguerras.

Sin embargo, según Griffin, los ensayos reunidos en el volumen mostraban su posible extensión más allá de estos límites geográficos y cronológicos, a partir de una definición bastante abarcadora del fascismo, como una “revolutionary form of ultranationalism”, con el “myth of the nation’s imminent rebirth” (Griffin 2001, p. 48) al centro. Movimientos con estas características, muchos de ellos veleidosos y fracasados, habían sido ubicados y estudiados en un amplio número de contextos, que reunían una serie de condiciones –que aquí no importa enumerar– sin que eso implicara llegar a hablar de un fascismo universal.

Llegado aquí, Griffin se interrogaba sobre las estrategias de sobrevivencia del fascismo luego de 1945 y consideraba que una de ellas era justamente su “internacionalización”. Aparecía la referencia a la “trans-national dimension” de la ideología fascista, a pesar de ser ésta ultranacionalista, pero este fenómeno no era descripto ni analizado como una forma de transnacionalismo, sino como “fascist internationalism”. Así, el proceso de internacionalización era estudiado en diferentes planos: el plano formalizado de los vínculos entre partidos, movimientos y organizaciones; el plano cultural de las ideas, como en el caso de la difusión del revisionismo, vehículo de la minimización de los crímenes del nazismo y del fascismo en las opiniones públicas de distintos países; y finalmente aquel de las prácticas fascistas, que debido, entre otras cosas, al movimiento de personas –era citado el caso de los criminales nazis huidos de Europa y en particular de Klaus Barbie, instructor de torturadores en Chile–, habían sido introducidas fuera de Europa en la segunda postguerra.

7 La edición italiana del volumen, publicada en 1996 con el título *I fascisti. Le radici e le cause di un fenomeno europeo* (en la sobrecubierta autodefinido en realidad como en el subtítulo: *Un’opera indispensabile per capire le radici e le cause di un fenomeno europeo*) con una introducción de Marco Tarchi (Larsen et al. 1996), merecería un análisis detenido que aquí no es pertinente hacer.

Ahora bien, todo indicaba que mi caso estudio de la emigración fascista hacia la Argentina y América Latina bien podía encajar en estas formas de internacionalización del fascismo. Por un lado, las referencias en la bibliografía a jefes fascistas expatriados, más allá de liquidar el tema como de escasa relevancia, negaban explícitamente que este fenómeno tuviera que ver con la historia del exilio y la emigración política y lo trataban como una fuga de criminales y de prófugos, que escapaban de la justicia de un país democrático.

Por el otro lado, por ejemplo, en la prensa de los primeros años postbélicos aparecían artículos sobre las expatriaciones y los refugios en el extranjero de este o aquel jefe fascista, que sugerían la idea de una organización detrás de esas salidas, definida justamente “Internacional negra”: la fórmula, que desde luego era derivada de la Internacional comunista, remitía directamente, y a veces explícitamente, al modelo, por así llamarlo, de la fuga organizada de criminales nazis.

Sobre estos últimos en la inmediata postguerra había circulado mucha información, casi siempre escasamente precisa, y sucesivamente, a partir de los años sesenta, se habían producido muchos trabajos, reconstrucciones de historiadores y más aún obras de ficción: desde 1945 en adelante, en efecto, la idea de una sobrevivencia de los jefes del nazismo e incluso del propio Hitler había alimentado incansablemente la fantasía de los periodistas primero y luego de ensayistas, novelistas y cineastas. Ahí estaban la imagen de la supuesta organización secreta “Odessa” y el distópico escenario del surgimiento de un “Cuarto Reich”.

En los hechos, muy pronto mi investigación reveló que, en relación a las fugas, el caso italiano había sido a lo sumo una versión “B”, cuantitativa y cualitativamente, por la menor notoriedad de los sujetos involucrados, respecto del caso de los nazis. Resultó, en efecto, que había existido también para los fascistas una organización que trató de favorecer su salida de Italia, pero esta asociación –el Movimento Italiano Femminile “Fede e Famiglia” (MIF)– no era clandestina (excepto en los primeros meses, a finales de 1946), tenía como actividad casi exclusiva la de proveer abogados y ayuda legal a los fascistas sometidos a procesos y, a pesar de los contactos que tuvo con agrupaciones como la rama femenina de la Falange en España, y los vínculos que pudo establecer con fascistas italianos residentes en otros países (la propia España y Argentina, los principales), estaba bastante lejos de ser una todopoderosa organización internacional.

El archivo de la asociación, depositado en el Archivio di Stato di Cosenza por decisión de la propia fundadora, Maria Elia De Seta Pignatelli di Cerchiara (Bertagna 2020), como testimonio de su actividad, y particularmente la correspondencia, que pude consultar sin ninguna restricción, cosa en sí bastante reveladora, mostraban una realidad bien estructurada y muy activa en Italia (son varios centenares las carpetas individuales de exfascistas que el MIF asistió en sus causas legales) pero que –respecto al tema que me interesaba, la internacionalización– luchaba con la escasez de fondos, por ejemplo, para pagar los pasajes, y sus lazos eran bastante débiles también para lograr otro tipo de ayudas, como los pasaportes falsos que los fascistas prófugos necesitaban.

Así, por un lado, la fundadora tuvo frecuentes disputas para la división del dinero recolectado a través de campañas en los diarios de área neofascista con el Movimento Sociale Italiano (MSI), el partido heredero del Partito Nazionale Fascista que fue, a partir de 1946, el referente político de todos los “nostálgicos” de Mussolini. Por el otro, lamentaba con sus colaboradoras el hecho de que los propios fascistas expatriados se negaran a colaborar.

La red de vínculos en el extranjero del MIF, en efecto, mostró rápidamente la tendencia a debilitarse: por desilusión, por falta de interés o necesidad, los fascistas emigrados tenían la propensión a dejar de lado toda forma de interacción con asociaciones políticas, para dedicarse a nuevas actividades, en muchos casos empresariales o industriales, que les daban de qué vivir.

Vemos un par de ejemplos. Refiriéndose a un viaje en Italia de Edoardo Moroni, que había sido ministro durante la Republica Sociale Italiana (RSI), se había expatriado luego de la guerra y trabajaba en Buenos Aires para la administración peronista, Pignatelli se quejaba: “Moroni se fue, sin aparecer con nosotros, ni siquiera con Monseñor⁸ y estamos indignados. Tenía el deber de ayudar, en cambio son de un egoísmo absoluto” (Bertagna 2006, p. 227). En su respuesta, en julio de 1948, uno de los principales colaboradores en Buenos Aires de la propia Pignatelli señalaba:

Bastaría con que todo “ex” afortunado que haya logrado salvarse a sí mismo y a su familia, con las respectivas dotaciones económicas y líquidas, aportara el equivalente mensual de lo que gastan en los desayunos que suelen ofrecer a sus conocidos, para darle a Usted los medios para hacer el Bien [...] (Bertagna 2006, p. 227).

Lo que emergía, entonces, del análisis de la actividad del MIF, en su cruce con las trayectorias individuales de los emigrados, no era tanto la fortaleza de esta organización fuera de Italia, sino su dificultad de conservar y hacer operar concretamente sus vínculos políticos con aquéllos.

Por lo demás, si mirado no a partir de la documentación que estaba, sino de la que *no* estaba (prácticamente todos los principales jefes y varios criminales, que sabía por otras fuentes que habían expatriado clandestinamente, no figuraban entre los asistidos por la asociación), y desde el punto de vista de los fascistas emigrados, como aparecía en sus cartas, el propio archivo del MIF revelaba indirectamente que otros mecanismos, ya bien conocidos por los historiadores de las migraciones internacionales, habían jugado un papel importante en la expatriación e inserción en el lugar de destino y éstos eran las redes sociales. Uno de estos mecanismos, particularmente relevante, era el de las cadenas migratorias, que a partir de los primeros años 80 han sido estudiadas como una pieza fundamental para explicar el funcionamiento de las migraciones, más allá de los factores *push-pull*.

8 Se refiere a Silverio Mattei, un sacerdote de la Sacra Congregazione dei Riti que fue su principal colaborador en el MIF. Esta y las traducciones siguientes de citas de mi libro en el texto son mías.

Dejando de lado el hecho de que el número muy reducido de fascistas que expatriaron gracias al MIF indicaba la casi completa impotencia de la asociación en este ámbito, redes y cadenas migratorias fueron en efecto el sistema principal utilizado para emigrar, por dos distintos órdenes de razones. En primer lugar, porque el caso italiano era muy distinto del caso de los nazis en un punto importante: la emigración de los fascistas fue casi toda legal, debido a la amnistía que el gobierno italiano decidió promulgar muy precozmente en junio 1946, por razones políticas y de necesidad (es decir, en su perspectiva, para la pacificación nacional del país que el fascismo había gobernado durante veinte años), que liberó de las cárceles unos diez mil de los cerca de doce mil fascistas en ese momento detenidos, permitiéndoles así de obtener regularmente el pasaporte y dejar el país.

La otra razón por la cual los fascistas utilizaron cadenas y redes migratorias eran los vínculos que, a lo largo de un siglo, los imponentes flujos migratorios habían generado entre Italia y los principales destinos de los fascistas, Argentina *in primis* y Brasil en segundo lugar: los lazos con familiares o con conocidos emigrados, e incluso en varios casos el pasaporte, por haber nacido algunos de ellos en la Argentina, fueron los recursos que les sirvieron para expatriar o insertarse en el lugar de destino.

Los ejemplos son numerosos y abarcan desde altos cargos del régimen –comenzando por uno de los hijos del Duce, Vittorio Mussolini, que estaba casado con una argentina descendiente de italianos, cuyo suegro residía en Buenos Aires, y el ya mencionado Edoardo Moroni, ministro de la RSI, que era ciudadano argentino por haber nacido en Córdoba– hasta fascistas comunes y corrientes, a veces prófugos –como Bruno Caneva, excombatiente de la RSI, condenado a treinta años de cárcel, que aparentemente logró el permiso de desembarco en la Argentina gracias a un cuñado suyo residente en Buenos Aires y amigo de un miembro de la guardia personal del presidente Perón.

Esta circunstancia terminó de descompaginar mi hipótesis inicial sobre la “internacional negra”: los fascistas, incluidos los que habían sido condenados en la postguerra, emigraron casi todos legalmente, a través de mecanismos análogos a los de los emigrantes por razones económicas, eligieron su destino con criterios en muchos casos parecidos (la existencia de oportunidades o de vínculos de algún tipo con el lugar de emigración) y, una vez llegados en el nuevo país, se encontraron con las mismas necesidades, comenzando por la de conseguir un trabajo, más allá de que entre los requisitos de entrada a la Argentina estuviese la necesidad de un contrato de trabajo, casi siempre un mero papel sin efectos, conseguido a través de amigos o parientes que residían ahí (Devoto 2001).

3

Paradójicamente, de esta manera los fascistas emigrados se hacían más difíciles de rastrear como tales, es decir, como fascistas, habiéndose mezclado con los normales emigrantes sin que nadie tratara de detenerlos. Empero, al mismo tiempo se abría un campo potencialmente riquísimo para una investigación de corte “transnacional”,

sobre su actuación luego de su arribo a la Argentina: surgía, en efecto, la pregunta si la legalidad había favorecido las transferencias de ideas y prácticas fascistas dentro y posiblemente fuera de la colectividad italiana en la Argentina y, al mismo tiempo, había permitido el mantenimiento de los intensos vínculos con el país de origen que están en el centro de la perspectiva de análisis transnacional.

De hecho, la mencionada amnistía de 1946, con las siguientes promulgadas hasta 1953 para específicos delitos no incluidos en la primera, tuvieron implicaciones también en el mediano plazo que, para mi investigación, no eran menores: significaron, por ejemplo, que prácticamente todos los jefes e incluso los criminales prófugos emigrados pudieran ir y venir de Italia (y desde luego volver definitivamente ahí a vivir, y muchos efectivamente lo hicieron, y si no lo hicieron fue por su propia decisión, no por impedimento, como iba a descubrir después).

Prometedores, en el primer sentido, es decir, la transferencia de prácticas en el país de destino, eran los intercambios entre los diplomáticos italianos en Argentina y en Brasil y el Ministero degli Affari Esteri en Italia: los primeros, a partir de 1946, empezaron a señalar con insistencia en sus informes las alarmas de los ambientes antifascistas de las colectividades italianas por la llegada de exjefes fascistas y a manifestar preocupación por las posibles divisiones que su actividad provocaría en las propias colectividades, ya marcadas duramente durante el "Ventennio" por la contraposición entre seguidores y opositores de Mussolini.

Empero, justamente las trayectorias de algunos de los fascistas citados en las denuncias desmentían del todo estos temores. Vemos el caso de Piero Parini. Fascista de la primera hora, con una carrera diplomática y política que lo había llevado a ser nombrado secretario general de los Fasci Italiani all'Estero en 1929, las secciones del partido fascista en el extranjero, y luego jefe de la provincia de Milán durante la RSI, Parini emigró a la Argentina después de ser amnistiado en 1946. Aquí fundó con unos socios una empresa, la Metalúrgica Rioplatense, y por lo que sabemos de sus cartas se dedicó a esta actividad en campo industrial hasta su regreso a Italia en los años sesenta.

Acusado por la prensa antifascista de San Pablo de tramar para reconstituir el fascismo en asociación con Luigi Federzoni y otros jefes allí emigrados, Parini parecía moverse en sentido contrario, ya que le informaba a Maria Pignatelli, que lo había contactado para que favoreciera la inserción de los camaradas que llegaban de Italia, su condición de voluntario aislamiento:

No tengo ninguna relación con el ambiente [fascista]. Mis impresiones generales sobre el ambiente no son favorables, por una serie de motivos y porque temo que se estén repitiendo algunos de los errores que tanto nos han perjudicado en el pasado. Como repito, se trata de impresiones personales y por eso tengo poca relación con ese entorno (Bertagna 2006, p. 228).

Al mismo tiempo, Parini seguía leyendo prensa fascista, a partir del periódico del MIF, y hasta donde sabemos, aún sin dedicarse a la actividad política, siguió siendo seguidor del ideario fascista durante su estadía en la Argentina.

En otros casos, las fuentes confirmaban efectivamente la existencia de relaciones y frecuentación entre exfascistas emigrados y simpatizantes de la causa fascista en la colectividad italiana, pero no en los términos que los diarios antifascistas, como *Italia Libera* de Buenos Aires, sospechaban: resultó, por ejemplo, de diferentes testimonios, que durante muchos años había una sociabilidad fascista alrededor de la asociación Club 28 ottobre (el nombre no era evidentemente casual: recordaba la fecha de la Marcia su Roma de 1922), frecuentado, entre otros, por el propio Vittorio Mussolini.

En esos años, las ricas colecciones de la prensa de la colectividad italianas hoy disponibles en la Biblioteca Nacional no eran consultables, para verificar lo dicho por los testimonios, empero pude recuperar números sueltos de los diarios fascistas, ocasionalmente secuestrados (y el dato era en sí mismo muy revelador, porque indicaba su circulación en Italia) por la policía postal italiana. Así, en el número del entonces semanario fascista de Buenos Aires *Italia d'Oltremare* (Italia d'Oltremare 1961), publicado en agosto 1961, encontré el detalle de la reunión del Club convocada para celebrar el aniversario del nacimiento de Benito Mussolini ese año. Como era frecuente en las descripciones periodísticas de reuniones sociales, el artículo empezaba hablando de la concurrencia de una “vera folla di connazionali” y citaba unos cuarenta nombres, probablemente un número muy cercano al real de los participantes: todos de apellido italiano, ninguno conocido, excepto Luigi Giusti, un fascista de la vieja guardia.

Terminada la cena, se sucedieron los discursos de dos fascistas llegados después de la guerra: el encargado de la oración oficial, Luigi Gianturco, un abogado que había sido secretario federal del partido en Milán en 1940 y miembro del directorio del partido en 1943, y Vittorio Mussolini, que entre aplausos propuso promover la fundación en Italia y en el mundo de un “Ordine dei fedeli a Mussolini”, con el objetivo de “perpetuare la perenne vitalità del pensiero Mussoliniano”, iniciativa que, hasta donde sabemos, nunca se concretó. Por su parte, Vittorio Valdani, un empresario que era el principal referente y financiador del sector fascista de la colectividad de Buenos Aires desde 1924, había enviado su telegrama de saludo, imposibilitado de participar por su edad avanzada.

Las funciones del Club fascista, que desarrollaba actividades de tipo recreativo y cultural “nostálgico” (esta de 1961 era en todo caso sólo la tercera vez que se celebraba el aniversario del nacimiento Mussolini), y lograba aglutinar a los recién llegados y los fascistas de entreguerras, se podían considerar análogas a las de buena parte de las asociaciones creadas por los emigrados italianos en la Argentina antes y después de 1945, que agrupaban personas procedentes de los mismos lugares o que, como en este caso, compartían ideales o un pasado común. Quedaban pendientes las preguntas sobre si había en paralelo una actividad más directamente política de los fascistas recién llegados, en esos o en otros ambientes –fascistas o no, italianos o no– de Buenos Aires, y si el alcance de esta actividad había sido “transnacional”.

Indicios en este último sentido eran los informes del Ministero degli Interni italiano sobre los primeros congresos del MSI, el citado partido de los exfascistas, que había

sido creado en la clandestinidad en diciembre 1946 y luego legalizado y ya en las primeras elecciones políticas democráticas de 1948 eligió representantes propios en el Parlamento italiano.

No sólo figuraban entre los delegados a las sesiones exfascistas procedentes de la Argentina, sino que en el congreso de 1949 los asistentes saludaron al grito de “¡Viva Perón!” el anuncio de que el MSI había recibido fondos desde Buenos Aires, provocando la avergonzada aclaración del secretario, obligado a precisar que el dinero no había sido donado por el gobierno argentino, sino por “nuestros compañeros obligados a residir en Argentina” (Bertagna 2001, p. 353).

De mi investigación en Italia, sin embargo, no resultó que el MSI hubiese desarrollado ninguna actividad concreta en la Argentina en estos años (no resultaba haber tenido una sede, ni afiliados). Empero, los nombres de los delegados en los congresos –Tullio Abelli, Francesco Di Giglio, y Davide Fossa– remitían de forma diferente a otro ámbito de aglutinación de los fascistas, emigrados y no, en la inmediata postguerra, que resultaría central para la investigación, más allá de los partidos y asociaciones políticas: la prensa. Abelli fue, en efecto, corresponsal en América Latina de diferentes periódicos fascistas italianos, Di Giglio y Fossa fueron directores de los más importantes periódicos fascistas de Buenos Aires posteriormente a 1945: *Il Risorgimento e Italia d'Oltremare*, respectivamente.

Nuevamente el archivo del MIF, sin embargo, contenía un *caveat* que es necesario siempre tener en mente cuando se analiza la prensa y su impacto, más cuando se trate de la prensa de emigración: los diarios son productos culturales, que defienden posiciones o ideales, pero son también emprendimientos económicos (Bertagna 2021, en prensa). En este caso, un duro enfrentamiento entre Di Giglio y la Pignatelli para la repartición de la plata recogida en una suscripción, mientras confirmaba los vínculos entre los dos lados del Atlántico, mostraba las graves dificultades económicas de *Il Risorgimento*: Di Giglio lamentó no haber encontrado un solo italiano disponible para avalar un crédito (Bertagna 2009, p. 73). Dificultades comunes, sin duda, a toda la prensa de las colectividades italianas en las Américas en la segunda postguerra, pero que en la Argentina eran más llamativas, debido a la larga y gloriosa tradición de los diarios italianos en el país, y que, de todas maneras, en el caso específico, alertaban sobre la marginalidad de estos grupos en el nuevo contexto postbélico. Más aún si se considera que *Il Risorgimento* representaba, a través de la figura de Di Giglio, la continuidad con *Il Mattino d'Italia*, que desde su fundación en 1931 había sido el más relevante cotidiano fascista fuera de Italia, con una tirada de decenas de miles de copias –y podría añadirse que el propio *Mattino* había cesado sus publicaciones justamente por razones económicas a finales de la guerra.

En 1956, Di Giglio fue sustituido en la dirección de *Il Risorgimento* por Carlo Scorza, cuya actividad desde su llegada a la Argentina en 1950 abrió mi investigación hacia la dimensión fundamental para los enfoques transnacionales de la posible influencia de los fascistas en el medio argentino. Scorza, fascista de la primera hora y “squadrista”,

fue el último secretario del Partito Nazionale Fascista, de marzo a julio 1943. Acusado y condenado por colaboracionismo, emigró clandestinamente a Buenos Aires y ahí fundó pronto el Centro de Estudios Económicos Sociales y el periódico *Dinámica social*, que inicialmente dirigió bajo seudónimo (Girbal Blacha 1999).

Como lo indicaban la denominación del centro y el nombre de la revista en castellano, ya desde el comienzo la propuesta de Scorza dejaba de lado la evocación nostálgica y apostaba a superar los límites angostos de la colectividad italiana. Con un grupo de colaboradores que incluía técnicos e intelectuales argentinos y europeos, compañeros de ruta, estos últimos, de los fascismos, *Dinámica social* se dedicó en efecto a analizar los problemas económicos y sociales de la Argentina y elaborar soluciones para concretar la llamada “tercera posición” entre capitalismo y comunismo, hábilmente presentada como la traducción y adaptación al medio local del modelo corporativo fascista de organización de la sociedad y la economía.

Aquí aparecía con claridad la búsqueda de una relación con el gobierno peronista en el poder. Empero, hasta donde pude averiguar, la iniciativa del Centro quedó en el plano de la teorización, sin transformarse en un motor de acción política para Scorza: el Centro no derivó en un movimiento político ni ejerció influencia visible alguna sobre los políticos de gobierno.

El peronismo se movía en un plano que era más empírico y pragmático que teórico, despreocupándose totalmente, a diferencia del fascismo, de las metas últimas a lograr. Fue para mí bastante reveladora, en este sentido, la consulta de la revista de la Escuela Superior Peronista, *Mundo peronista*, nacida como la escuela misma en 1951, que pude consultar en la Biblioteca reservada del Congreso: ahí, la misma bandera de la “tercera posición” no era la herramienta para pensar y organizar institutos transformadores de las relaciones laborales y económicas, sino simplemente un eslogan repetido sin más, traducido muy a menudo en imágenes sencillas y viñetas elementales, aptas para un público de niveles sociales y educativos muy diversos.

Llegada hasta aquí, faltaba investigar las otras instituciones fundamentales, con la prensa, de la colectividad italiana: el universo vastísimo de las asociaciones. El primer paso fue la búsqueda de nombres de fascistas emigrados entre los dirigentes, a partir de la lista que tenía de asociaciones ya “fascistizzate” durante los años de entreguerras, que suponía habían sido las más acogedoras hacia los camaradas nuevos llegados. Era el caso de la Federazione delle Società Italiane, que había agregado muchas de las principales asociaciones italianas en la Argentina a partir de 1912 y ya en los años veinte había sido controlada por los fascistas.

Aquí tendría que referir primero una anécdota. En una de mis primeras visitas a la sede de Feditalia, como se llamó a partir de los años 50 –que se encuentra en el edificio que en ese entonces era la sede también del Consolato Generale d'Italia, del Istituto Italiano di Cultura y de la Camera di Commercio Italiana–, estaba presente sólo un señor bastante mayor, que empezó a comentarme su actividad. A mi pregunta sobre si conocía a alguien, en Feditalia o en las asociaciones que la integraban, que había sido

fascista en Italia, me contestó sin hesitaciones que él mismo lo había sido, ¡combatiente de la RSI!

Superada la sorpresa, fue inevitable pensar que el encuentro no fuera fruto de mi buena suerte, sino consecuencia de la masiva presencia de fascistas llegados de Italia en la postguerra en esa y probablemente en otras asociaciones, pero la investigación sucesiva reveló una realidad más matizada y compleja.

En mano de la vieja guardia fascista intransigente a finales de la guerra, Feditalia había quedado casi completamente inactiva hasta los primeros años 50, porque los antifascistas, por obvias razones, se negaron a adherir. Sin embargo, cuando en 1953 la dirigencia pasó a otros fascistas llegados a la Argentina luego de 1945, y presidente fue nombrado Giuseppe Spinelli, exministro del Trabajo de la RSI, hubo un acercamiento con las autoridades diplomáticas italianas, que consideraban a la nueva dirigencia más moderada y el rol de Feditalia fundamental como aglutinador de la colectividad italiana.

Así, a pesar de que al lado de Spinelli figurasen en el directorio varios excombatientes de la propia RSI condenados en Italia por graves crímenes, los diplomáticos apoyaron en 1954 su iniciativa de un congreso de las asociaciones italianas. Esto fue importante en dos sentidos.

Primero, al congreso fue invitado de honor Juan Domingo Perón, cuya participación nuevamente me devolvía a la pregunta sobre la relación del presidente argentino con los fascistas. En efecto, como resultó de los documentos diplomáticos italianos, la presencia de Perón formaba parte de una operación política de acercamiento a las colectividades extranjeras que miraba a sumar consensos para el gobierno, quizás más acuciante por estar este en un momento complejo por el conflicto con la Iglesia. Es posible que, de no haber sido derrocado el presidente argentino por el golpe militar de septiembre 1955, los fascistas italianos hubiesen logrado liderar el Movimiento Peronista de los Extranjeros, la rama del partido pensada para encauzar hacia el partido en el poder el consenso de los inmigrantes, que la reforma constitucional quería mientras tanto transformar en ciudadanos. Sin embargo, la caída de Perón dejó inacabado el proceso de acercamiento intentado por el justicialismo.

El Congreso de 1954, por otra parte, vio también la participación de los sectores antifascistas de la colectividad y resultó ser una etapa importante en el proceso de convergencia entre los sectores fascistas y los sectores antifascistas, que los diplomáticos italianos impulsaban desde 1945: los primeros, en la Argentina, eligieron la nueva bandera de la defensa de la "italianità" como sucedáneo de sus ideales pasados; los segundos, como sintetizó Dionisio Petriella, el presidente la asociación cultural Dante Alighieri, con la fórmula "chi ha avuto ha avuto chi ha dato ha dato", privilegiaron la unidad de los italianos por sobre el reconocimiento de los propios valores del antifascismo.

Un episodio que tuvo lugar en 1961, con motivo de la visita a Argentina del presidente de la República Italiana, Giovanni Gronchi, reveló cuán lejos tal acercamiento había llegado: el propio Petriella fue nombrado secretario general del Comité formado

para organizar la acogida de la colectividad italiana y el mencionado Carlo Scorza fue incluido entre sus miembros.

4

Como ha señalado con razón Alejandro Portes, una nueva herramienta de análisis se impone y justifica, en las ciencias sociales, siempre que haya un fenómeno social nuevo a describir. ¿Necesitamos, entonces, la perspectiva transnacional/transnacionalismo o sigue siendo más útil para los historiadores, en nuestro caso específico, utilizar la del “fascismo internacional”, vigente hasta comienzo del nuevo milenio y sobre la cual Roger Griffin consideraba que había, en ese entonces, un “nuevo consenso” (Griffin 1998)?

La respuesta sería sí, la necesitamos, si consideramos que la perspectiva del “fascismo internacional” estaría vinculada sólo a estudiar singularmente dentro de un país o en forma comparada un amplio número de sujetos formalizados (movimientos, partidos, grupos, asociaciones, diarios), más o menos exitosos en sus propuestas políticas, dentro y fuera de Europa, del período de entreguerras en adelante, *soi disant* “fascistas” o de todas maneras juzgados tales a partir de una definición más o menos abarcadora del investigador de lo que es fascismo.

El tamiz transnacional, en cambio, sería más fino que el tamiz internacional, al adoptar un enfoque que: 1) no necesita dar una definición comprensiva de fascismo, porque indaga la difusión de elementos del ideario fascista (por ejemplo, el corporativismo o el antisemitismo) variamente adaptados en los contextos estudiados; 2) considera también el rol de distintos tipos de actores, desde los diplomáticos hasta los intelectuales, como vectores/motores de difusión del fascismo más allá de los límites nacionales. Ofrece, en síntesis, una visión más dinámica, atenta a las transferencias y la circulación de ideas alimentada por los movimientos de personas (Alcalde 2020).

Empero, en este punto se impone, al utilizar la fórmula “fascismo transnacional”, una cuestión cronológica: antes de 1945, luego de 1945. En los estudios migratorios, los sociólogos, a partir de Alejandro Portes, discuten el uso de “transnacional” para las migraciones del pasado y lo consideran válido más bien para las migraciones contemporáneas, sucesivas a la Segunda Guerra Mundial, con el argumento de que la frecuencia y, con ella, la intensidad de las relaciones de los migrantes con sus países de origen son, en esta fase reciente, tan intensificadas –en el marco del debilitamiento del Estado nación y debido a las posibilidades que generan la economía globalizada, la tecnología y la revolución de las comunicaciones– que puede hablarse de un fenómeno distinto, respecto a los vínculos que los migrantes tenían en el pasado (Portes, Guarnizo y Landolt 1999, p. 223).

Si aplicáramos el mismo criterio (intensidad de las relaciones, rol de distintos actores) en el caso de los fascismos, “transnacional” tendría entonces que utilizarse más bien para el período de entreguerras –como, por otra parte, ha sido prevalentemente hecho hasta hoy, hasta el punto de que ahora algunos autores hablan para esta fase

no ya de un “internacional”, como Roger Griffin, sino de un “transnational consensus” en la investigación sobre el fascismo y el nazismo hasta 1945 (Alcalde 2020)–, mientras tendría evidentemente menos vigencia en el caso de la inmediata segunda postguerra, considerado que la derrota catastrófica de la Segunda Guerra Mundial y la consecuente desaparición de los regímenes fascista y nazi hizo que, en esa primera década postbélica, los movimientos y grupos fascistas fueran más débiles, su prensa fuera más débil, la recepción de sus ideas fuera más complicada y menos viable.

¿O, viceversa, sería más útil para el período posterior a 1945, justamente porque en ese momento todo individuo o grupo fascista o identificado como tal era, *volens nolens*, menos estructurado y visible, los movimientos cambiaban frecuentemente de nombre, en muchos casos ni siquiera se definían abiertamente fascistas, en algunos contextos eran incluso clandestinos, y esto impone al historiador dejar de lado el plano formalizado-clasificador, al cual remite el fascismo “internacional”, y moverse en el nivel transnacional, que mira más a los actores individuales en movimiento y sus vínculos?

En el desarrollo concreto de mi investigación, creo haber combinado ambas operaciones: analizar no sólo los grupos formalizados –como el Movimiento Femminile de Maria Pignatelli o el Movimento Sociale Italiano– y sus relaciones, clandestinas o menos, con partidos y movimientos en patria y en el extranjero –particularmente el peronismo en la Argentina–, sino también las trayectorias individuales de los fascistas emigrados y su actuación en instituciones diversas, como las asociaciones y los diarios, tanto de la colectividad italiana como argentinos, como vehículo de difusión de sus ideas.

He mirado, además, a la posible recepción de ideas fascistas, en la prensa peronista, por ejemplo, y considerado siempre la dinámica a través de los que hoy se llamarían las “vidas transnacionales” de los fascistas emigrados, que no necesariamente se movían dentro de estos ámbitos: su sociabilidad, sus mundos cambiantes de relaciones profesionales, en el país de radicación y en su patria, sus viajes de idas y vueltas, hasta los retornos definitivos a Italia en algunos casos.

¿Estuve con todo esto hablando en prosa sin saberlo? Me parece poder decir delicadamente que no. Mi estudio, ciertamente limitado desde un punto de vista espacial al contexto argentino y cronológico de la primera década postbélica, ilustra que es innegable el mantenimiento de vínculos políticos de los expatriados entre sí y con la madre patria, combinado (aun si en menor medida) con el intento de construir otros vínculos políticos nuevos en el país de radicación, y para definir unos y otros podemos, si se quiere, hablar de transnacionalismo.

Empero, lo que había bastante poco era fascismo, en el período posterior al 45, de los “ex”emigrados a la Argentina; en el sentido que he tratado de explicar deconstruyendo mi investigación: existieron vínculos de tipo transnacional, que encontraron límites en las realizaciones prácticas de carácter político.

Esos límites remiten al problema más general del análisis –imprescindible a mi manera de ver– de los contextos, que posibilitan o, por el contrario, dificultan o impiden la acción política, o el desenlace político de una operación cultural: a diferencia de

lo que ocurre con las ideas e ideologías, que pueden ser transnacionales, circular y ser adoptadas y adaptadas en diferentes escalas –y ciertamente transnacional fue la ideología fascista y lo es como pocas otras. Sin embargo, me parece que hablar de actores y movimientos políticos, con las características y en los períodos de los cuales me he ocupado, prescindiendo del Estado nación, o de los Estados naciones, que eran su campo de acción, tiene escaso valor heurístico. Cabe tal vez preguntarnos si y hasta qué punto, en cuales momentos y a cuáles condiciones, el transnacionalismo, que es un fenómeno social, pueda ser también un fenómeno político.⁹

Esto a menos que, para hablar de fascismo transnacional, no se considere suficiente que algunos fascistas, particularmente entre los que habían tenido algún papel directa o indirectamente político, siguieran creyendo en su ideario, tuviesen alguna forma de sociabilidad con los camaradas en la Argentina y al mismo tiempo participaran ocasionalmente en recolecciones de dinero o directamente en la celebración, en el cementerio de Predappio, de misas en sufragio de Mussolini.

Porque de reducirse a esto, a falta de indicios de una circulación y diseminación significativa de esas ideas y prácticas fuera de los círculos “originarios” que las producían, para no hablar de su recepción y adaptación en la sociedad argentina del primer peronismo –en síntesis: si desanclamos los actores políticos de los contextos de su actividad–, el fascismo transnacional creo que terminaría siendo simplemente otra manera de definir el fascismo universal, o genérico, como se lo quiera llamar, una etiqueta sinónimo de mal absoluto, que se pega a todo lo que no nos gusta políticamente...¹⁰

En fin, el uso a veces abusivo, impuesto por la moda del momento, del concepto de transnacionalismo nos ha hecho olvidar un poco que la calidad de las fuentes y la correcta interpretación de ellas siguen siendo las herramientas más valiosas que tenemos para hacer buena historiografía.

BIBLIOGRAFÍA

- ALCALDE, A., 2020. The Transnational Consensus: Fascism and Nazism in Current Research. *Contemporary European History*, 29, 2020, pp. 243–252
- BASCH, L., GLICK SCHILLER, N., SZANTON-BLANC, C., 1994. *Nations Unbound: Transnational Projects, Post-colonial Predicaments, and Deterritorialized Nation-States*. London: Routledge.
- BERTAGNA, F., 2001. Fascisti e collaborazionisti italiani in America latina. En BEVILACQUA, P., DE CLEMENTI, A., FRANZINA, E. (comps.). *Storia dell'emigrazione italiana. vol. I, Partenze*. Roma: Donzelli. pp. 353-68.
- BERTAGNA, F., 2005. *La patria di riserva. Fascisti e collaborazionisti italiani in Argentina (1945-1955)*. Supervisor Emilio Franzina. Verona: Università degli Studi di Verona.

9 Por otra parte, Nancy Green nos ha recordado recientemente que también para el caso de un fenómeno social como las migraciones no forzadas dejar completamente de lado los Estados nacionales y las barreras que estos ponen a los movimientos y prácticas transnacionales es una operación decididamente demasiado optimista: ver Green 2019.

10 Lo hacen suponer trabajos como los de Federico Finchelstein, uno de los primeros y más convencidos cultores del género en el caso argentino: ver por ejemplo Finchelstein 2008.

- BERTAGNA, F., 2006. *La patria di riserva. L'emigrazione fascista in Argentina*. Roma: Donzelli.
- BERTAGNA, F., 2007. *La inmigración fascista en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- BERTAGNA, F., 2020. Maria Elia De Seta Pignatelli di Cerchiara. En SERGI, P. (comp.). *Dizionario biografico della Calabria contemporanea*. Disponible en <http://www.icsaicstoria.it/elia-de-seta-pignatelli-maria/>. *Sub voce*.
- BERTAGNA, F., 2021 (en prensa). La stampa d'emigrazione come business: giornalisti, editori, affaristi. *Storia e problemi contemporanei*.
- BEVILACQUA, P., DE CLEMENTI, A., FRANZINA, E. (comps.), 2001. *Storia dell'emigrazione italiana. vol. I, Partenze*. Roma: Donzelli.
- BEVILACQUA, P., DE CLEMENTI, A., FRANZINA, E. (comps.), 2002. *Storia dell'emigrazione italiana. vol. II, Arrivi*. Roma: Donzelli.
- COHEN, R., 1997. *Global Diasporas: An Introduction*. London: UCL Press.
- DESCHAMPS, B., SERGI, P. (comps), 2021. *Voci d'Italia fuori d'Italia. Giornalismo e stampa dell'emigrazione*. Prefacio de E. Franzina, Cosenza: Pellegrini.
- DEVOTO, F. J., 2001. El revés de la trama: políticas migratorias y prácticas administrativas en la Argentina (1919-1949). *Desarrollo económico*, Vol. 41, n° 162, pp. 281-304
- FINCHELSTEIN, F., 2008. *La Argentina fascista: los orígenes ideológicos de la dictadura*. Buenos Aires: Sudamericana
- GIRBAL BLACHA, N. M., 1999. Armonía y contrapunto intelectual: Dinámica social (1950-1965). En GIRBAL BLACHA, N. M. & QUATTROCCHI WOISSON, D. (comps). *Cuando opinar es actuar. Revistas Argentinas del siglo xx*. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia. pp. 399-442
- GOÑI, U., 2002. *La autentica Odessa: la fuga Nazi a la Argentina de Perón*. Buenos Aires: Paidós
- GREEN, N., 2019. *The Limits of Transnationalism*. Chicago: University of Chicago Press
- GRIFFIN, R. (ed.), 1998. *International Fascism: Theories, Causes and the New Consensus*. London: Oxford University Press; New York: Arnold
- GRIFFIN, R., 2001. *Caught in its own Net: Post-war fascism outside Europe*. En LARSEN, S.U. (comp). *Fascism outside Europe. The European impulse against domestic conditions in the diffusion of global fascism*. New York: Columbia University Press. pp. 46-68
- Dossier* Inmigrantes, refugiados y criminales de guerra en la Argentina de la segunda posguerra. *Estudios migratorios latinoamericanos*, vol. 14, n° 43.
- IRIYE, A. 2012. *Global and Transnational History: The Past, Present and Future*. Basingstoke: Palgrave Macmillan
- ITALIA D'OLTREMARE, 1961. La celebrazione dell'Annuale della nascita del Duce. *Italia d'Oltremare*, vol. 36, n° 71 nueva serie, 12-19 agosto.
- LARSEN, S. U., HAGTVET, B. & MYKLEBUS, J. P. (comps), 1996. *I fascisti. Le radici e le cause di un fenomeno europeo*. Introducción de M. Tarchi, Firenze: Ponte delle Grazie.
- LARSEN, S.U. (comp), 2001. *Fascism outside Europe. The European impulse against domestic conditions in the diffusion of global fascism*. New York: Columbia University Press.
- PORTES, A., GUARNIZO, L. E. & LANDOLT, P., 1999. The Study of Transnationalism: Pitfalls and Promise of an Emergent Research Field. *Ethnic and Racial Studies*, vol. 22, n° 2, pp. 217-237
- SAUNIER, P.-Y., 2013. *Transnational History*. Basingstoke: Palgrave Macmillan
- SPEKTOROWSKI, A., 2001. *The Fascist and Populist Syndromes in the Argentine Revolution of the Right*. En LARSEN, S.U, *Fascism outside Europe. The European impulse against domestic conditions in the diffusion of global fascism*, New York: Columbia University Press.